



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 15 de Setiembre de 1884.

Número 34

FUTUROS IMPERFECTOS

—Amigo D. Alfredo, parece que se obra.

—Sí, señor; trato de echar abajo este casuco: no me gustan las cosas antiguas: quiero edificar un *hotelito* que responda á las exigencias de la vida moderna.

—Pues, hombre, esta casa no es mala. En ella han vivido tres generaciones de abuelos de V., y á todos los ha cobijado cómodamente, proporcionándoles una vida larga y pacífica.

—¿Qué quiere V.? amigo mio; hoy no basta eso. El mundo ha dado muchas vueltas, y ha venido á enseñar á los hombres á vivir mejor. En este siglo no bastan ya aquellas tres cosas que mi abuelo pedia á Dios para vivir feliz en este valle de lágrimas, que eran: salud, pan y paz. Hoy se necesita añadir otra.

—¿Cual? D. Alfredo.

—*The comfortable life*, que dicen los Ingleses.

—No he entendido en mi vida á los ingleses.

—Quiero decir la vida confortable, la vida cómoda, la vida satisfecha en todas sus exigencias. No esa vida de hidalgo manchego que se lleva en España, país el más atrasado que se conoce.

—¿Se burla V.? D. Alfredo.

—Lo que V. oye. España es un país atrasado; en España no se vive; en España no se come. Vaya V. á Francia: allí, por ejemplo, empieza V. por tener *carnes educadas*....

—¿Cómo es eso?

—Entiéndame V.. Quiero decir carnes preparadas en vivo, por medio de cebamientos inteligentes, ya para lomo, ya para platos especiales. ¡Cocina como aquella!

—Sí, señor; lo que es la cocina.....

—Pues vaya V. á buscar en España esas cosas.

—¿Las carnes educadas?

—Ni nada absolutamente. ¿Encuentra V. en España un vino de sopa que pueda beberse?

—Hombre, el *pajarete*.

—No diga V. necesidades; eso no es vino de sopa.

—Vamos ya; es que ahora hay que ir variando de vino á cada plato.

—Claro está. Pero en fin no hay que extrañar esto en un país que ni siquiera sabe calentarse en invierno. Vá V. á pasmarse cuando vea el *sistema de calefacción* que pienso establecer en mi *petite hotel*.

—¡Caramba! pues si en nuestro clima con un brasero de aquellos de tarima y alambra le sobra á uno calor! Aun me parece estar viendo á su padre y á su madre de V., (que gloria hayan,) pasar las veladas de invierno junto á *la copa* que tenían Vds. en casa. ¡Qué tranquilidad aquella! D. Alfredo. El Morrongo... ¿Se acuerda V. del Morrongo? aquel gato rojo que estimaban tanto; les acompañaba casi siempre dormitando al calorillo de las brasas. Había ratos en que apenas se oía otro ruido en aquella pacífica casa que el roncar del gato y el *tac tac* del pendolon que tenían Vds. en la habitación del Santo Cristo. Su madre de V. hacía calceta, rezando por lo bajo sus devociones, mientras su papá de V., que era muy amigo de tener buenos libros, solía entretenerse leyendo el Año cristiano ó algún tomo de viajes.

—Hombre, déjese V. de antiguallas. Aquellos benditos estaban á oscuras.

—No diga V. eso: precisamente en la casa de V. se usó siempre un hermoso velon de cuatro mecheros.

—No es eso. ¡Qué velon ni qué niño muerto! Quiero decir que mis padres no habían llegado á conocer la vida moderna en toda la espléndidez que despues ha llegado á adquirir merced á los grandes adelantos de la civilización. ¿Le parece á V. que si hoy vivieran usarían aquel carruaje antiguo que parecia un navío de tres puentes?

—¿La galera aquella de tanta duración? Y ¿por qué no?

—Porque, como es natural, hubiesen visto que otras familias, menos acomodadas que ellos, tenían trenes dignos de un príncipe.

—Ahí está el mal, amigo; ahí está el mal; en querer todos vivir como príncipes. Así anda el mundo como anda.

—Anda en coche, que es lo mejor.

—Pero lleno de trampas, que es lo peor.

—Es que mis padres podían gastar.

—Y gastaban; pero ¿V. sabe en qué? Pues yo se lo diré. Gastaban en amparar huérfanos, en socorrer viudas, en sostener hospitales, en favorecer pobres artesanos para que no cayesen

en manos de usureros. ¿Le parece á V. que eso no es gastar, y gastar bien?

—Si, señor; pero en este siglo hemos descubierto que comiendo, y bebiendo, y gozando y bailando se socorre mejor á los pobres.

—Quisiera yo saber como se hace ese milagro.

—De un modo muy sencillo. Figúrese V. que yo edifico mi *hotel* como lo estoy edificando. Es consiguiente que no he de prescindir de rodearle de un jardín con magníficas verjas, fuentes elegantes, y una completa colección de plantas de todos países, cueste lo que cueste. Tampoco he de prescindir, como no prescindiré, de vestir mi casa con la decencia que exige el buen tono, á cuyo efecto he de procurarme las mejores tapicerías y los mejores muebles. Tras esto, ya no hay remedio; habré de montar mi biblioteca, mi gimnasio, mi sala de baños, mi sala de esgrima y de baile y de juego, gabinete particular etc. etc., como mejor puedan montarse hoy en Inglaterra y en Alemania. Habré de poner mis caballerizas á la altura que puedan tener las de cualquier título de mi posición, y finalmente habré de armonizar la marcha de mi casa en proporción á lo que ella es y á lo que el decoro exige. Pues bien ¿le parece á V. que esto no proporciona trabajo, que esto no evita indigencias y socorre necesidades?

—No, señor, no me parece. ¿Quién vá fundir las verjas y las fuentes del jardín de V.?

¿Quién ha de fundirlas? La mejor fábrica que se conoce en Europa: *Stephenson et Compañie* de París.

—¿Quién vá á tejerle á V. las tapicerías?

—La gran casa *Gravovilh Amefrers*, fabricantes de Lion.

—Bueno vá; y de la colección de plantas ¿quién se encarga?

—La casa *Flim*.

—¿Y del moviliario?

—La casa *Flam*.

—Total; *Flim*, *Flam*, París y Lion; es decir, grandes fábricas, grandes casas, grandes negociantes. ¿Son esos los pobres que va V. á proteger?

—¿Es que esos fabricantes mantienen operarios?

—Si, señor; pero ya procuran que sean los menos posibles, para lo cual se proporcionan máquinas que ahorren trabajo. Además, la necesidad en que se ven de abaratar las manufacturas para competir con otras fábricas, hace que cada día tiendan por precisión á bajar los jornales. Es decir, que según el sistema moderno de protección al trabajo, el jornalero viene á ser, en resumen, un último mono, que si en sus días de infortunio, de enfermedad ó de crisis no se ahoga es porque nunca faltan gentes á la antigua, como su padre de V., que se dejan de *Flines* y de *Flanes*, y procuran destinar á su socorro lo que habian de gastar en moviliarios de París y tapicerías de Lion. Pero vamos, D. Alfredo. V. dirá, y con razón, que el sistema moderno de *protejer* al pobre bailando, gastando y gozando, es más cómodo que el antiguo de socorrerlo privándose uno de lo superfluo para darle á él lo necesario; porque entre uno y otro sistema se mete este picaro cuerpo pidiendo á gritos la vida confortable. ¿Nó es esto?

—Caballito, y hay que darle gusto.

—Pues entonces no nos vengan Vds., los que se la echan de ilustrados á la exclusiva, diciéndonos que por medio del lujo ejercen la caridad mejor que la ejercían nuestros abuelos por medio de sus privaciones; porque mientras aquellos *oscurantistas*, como Vds. les llaman, se sacrificaban ante el pobre, Vds. procuran sacrificar al pobre ante sí, y aun despues pretenden atribuir á bondad de su sistema el que le quede algun triste hueso que roer. ¡Ah! señores charlatanes! por más que se calienten Vds. la cabeza no hallarán Vds. nunca medio de confundir la luz con las tinieblas. Son Vds. sencillamente unos paganos á la moderna, que con sus vinos de *sopa*, y sus carnes *educadas*, y su vida *confortable*, y sus bailes de *caridad*, y sus lujos pro-

ectores no hacen sino adorar y dar culto al ídolo que desde que nacieron llevan Vds. encima.

—¿Cuál ídolo es ese?

—El ídolo *Panza*; que según los autores tiene justito un palmo cúbico de volúmen, y sin embargo quisiera tragarse el mundo entero cada veinticuatro horas, añadiéndole algun vino de *sopa* para acelerar la digestion.

—Veo que se amosca V., querido, y lo siento, porque hay que tomar las cosas conforme son. Comprenda V. que han pasado los tiempos del ascetismo y de la mortificación.

—Se equivoca V. Para los verdaderos cristianos la vida del alma no pasa jamás.

—Esa vida también la hacemos hoy en el teatro donde por medio de los grandes espectáculos, músicas, bailes, dramas fuertes y demás emociones se sostiene vivo el sentimiento.

—Querrá V. decir los sentidos. ¿Y es esa manera de dar vida al alma?

—Desengáñese V., amigo, hay que vivir y vivir á gusto; lo demás son cuentos.

—Justo ¿y para eso piensa V. edificar el hotelito con las tapicerías *Flam*, y las calefacciones *confortables*, y las carnes *educadas*?

—Claro está.

—Pues á vivir, D. Alfredo, y buen provecho.

EPÍLOGO

Veinte días despues.

¿A dónde bueno? Doctor,

—A acompañar en su último viaje á D. Alfredo de la Pera-leja.

—¿Se burla V.! ¿A D. Alfredo? ¿á mi amigo D. Alfredo? ¿al que estaba edificando el *hotelito* de la calle de las Delicias?

—Al mismo.

—Pero, hombre, si hace cuatro días me hablaba á mi de su sistema de calefacción.

—¿Y por eso no iba ya á morir?

—Entiéndame V.; que hace breves días me hablaba de sus proyectos futuros.

—Pues como no los realice en la Sacramental de S. Luis, ya no tiene otro sitio donde realizarlos.

—¡Ay, Dios mio! ¡qué lástima de tapicerías y de vinos de *sopa*!

—Tranquilícese V., amigo, que no faltará quien los disfrute.

—¿Quién?

—Los pobres del Asilo.

—¿Cómo es eso? Pues si D. Alfredo era partidario del sistema de *Caridad indirecta*; es decir, de *socorrer bailando*.

—Pues al morir ha cambiado de opinion. Yo le oí en sus últimos momentos. ¡Ay de mí! decía, qué necio he sido con levantar tantos castillos sobre el falso cimiento de la vanidad! Ahora veo que hasta el *Morrongo* de casa de mi padre sabia más que yo; puesto que supo cumplir su misión y vivir en paz. En cambio, yo, teniendo un alma racional y una conciencia clara de mis deberes, lo he pospuesto todo al placer de los sentidos, corriendo tras un fantasma que se desvanece en este momento. Ahora sé lo que vale la verdadera vida del sacrificio. Desgraciado de mí ¡cuánto tiempo he perdido! No tengo en mi favor una sola de mis obras, pues todas fueron hechas en provecho de este cuerpo miserable que ahora se me derrumba. ¡Perdonadme, Señor, perdonadme! Y diciendo esto se murió. Los *amigos* creemos que perdió la cabeza.

—Pues se equivocan los *amigos*, porque lo que hizo fué en contrarla; pero seguramente los tales *amigos* deben Vds. ser también de los de las *carnes educadas* y vida *confortable*; pues, si es así, procuren Vds. aprender de memoria la siguiente moraleja que no les pesará:

Mortal, si trazas proyectos
no los des por muy seguros;

que, en el mundo, los futuros
suelen ser muy imperfectos;
si tus planes no son rectos,
ya verás con cuanta ciencia
la divina Providencia,
á la primera ocasion,
te sacude una leccion
y despierta tu conciencia.

000.

CRISTÓBAL.

En una retirada comarca del Africa vivia, por el tercer siglo de la era cristiana, un gigante á quien llamaban Cristobal. Tenia una robustez y fuerza extraordinarias, en términos, que cuando iba á cazar, solía ponerse á luchar cuerpo á cuerpo con las fieras y derribarlas.

Viendo que era el más fuerte de todos los hijos de los hombres, juró no someterse sino al ser más poderoso; fué, por lo tanto, á buscar al rey de una gran nacion, llamado Icos, hombre valeroso en los combates, prudente en los consejos, y el terror de los reyes enemigos.

Habianse estos coligado contra aquél, á fin de poner coto á sus conquistas, y amenazaban atacarlo con numerosas fuerzas. Presentóse solo á su encuentro Cristóbal, armado con una maza. Al ver á este terrible gigante, se llenaron de miedo los más valientes soldados enemigos, y así que dió los primeros golpes fué tan grande el terror, que todos echaron á huir, á la manera que en otro tiempo los filisteos delante de Sanson, abandonando sus armas, sus caballos y sus riquezas.

Cristóbal volvió á donde estaba el rey, quien le colmó de honores y obsequios, queriendo que se quedara siempre al lado de su trono. Pero este rey no tenía temor de Dios, y cierto dia en que ámbos estaban juntos, despues de estar algun tiempo pensativo, se puso á decir:

—Si el diablo me quisiera dar á Menfis, me entregaría á él.

—¡Es posible!—dijo Cristóbal. Pues ¿quién es el diablo? ¿es más poderoso que tú?

Entonces el rey le respondió entristecido;

—No hay entre los hombres ninguno que sea tan poderoso como él.

—Pues, si es así—replicó Cristóbal—me separo de tí, y me voy á servirle; porque tengo jurado servir al que fuere más poderoso.

Marchóse al punto, de lo que se afligió mucho el rey, aún cuando sin atreverse á detenerlo.

Emprendió su camino Cristóbal, preguntando á cuantos encontraba en dónde hallaría al diablo. Satanás está siempre dando vueltas al rededor de nosotros, y el que lo busca siempre lo encuentra. Acababa de entrar el gigante en un sombrío bosque, cuando de repente se le presenta Satanás:

—Yo soy—le dice—aquel por quien preguntas: ven; sé mio, porque soy más poderoso que ninguno de los hijos de los hombres.

Y Cristóbal vió que delante de él temblaban los árboles del bosque, y que la tierra se estremecía con sus pisadas.

Siguióle, pues, y durante mucho tiempo estuvieron viajando juntos: el demonio mandaba y Cristóbal le obedecía como un criado á su amo. Mas ¡ay! que el espíritu maligno le hizo cometer hartos crímenes, cuyo número únicamente Dios lo sabe.

Un día que iban por un espacioso camino, en cuyo margen habia una crucecita de madera, detúvose Satanás, dando un gran rodeo.

—¿Por donde vés?—le dice Cristóbal:—parece que tienes miedo de esa cruz.

—Si—contestó Satanás—porque en una cruz murió mi mayor enemigo.

—Pues si murió, ¿qué es lo que tienes que temer?

—Es que muriendo venció á la muerte—dijo con aire triste Satanás—¡y resucitó!

—¿Tienes miedo de él? ¿pues entonces es más poderoso que tú?

Satanás, dejando caer la cabeza sobre el pecho, le dijo como impulsado por una fuerza invencible:

Es más poderoso que ningun ser criado: todo ante Él dobla la cabeza, en el cielo y en la tierra.

—Pues entonces te dejo—repuso Cristóbal;—me voy á servirle, puesto que he jurado servir al más poderoso. Y marchóse. De buena gana lo hubiera detenido Satanás; pero no tenia entonces fuerza ni poder, porque estaba delante de la cruz.

Por algun tiempo anduvo errante Cristóbal buscando á Nuestro Salvador Jesucristo: recorrió extensas comarcas, pasó montes, atravesó rios, y nadie le daba razon de lo que buscaba.

Un dia, despues de haber caminado por un vasto desierto, llegó á la extremidad de un valle, donde á lo lejos vió á un pobre ermitaño postrado ante una cruz, con la frente en el suelo: hacia veinte años que ese santo habitaba en aquella soledad, pasando su vida en la oracion, la meditacion y el ayuno. Acercóse á él el gigante, y le dijo si le daria noticia de un Señor Todopoderoso que habia muerto en una cruz, porque queria servirle.

—Hijo mio—le contestó el anciano—para servir á Jesucristo Nuestro Salvador, que es á quien buscas, es necesario ayunar y orar.

—Pero ¿cómo quiere usted que yo ayune? padre—replicó Cristóbal:—yo necesito alimentarme, y además no sé orar, enseñemé usted otro camino.

—Hijo mio—le dice el hombre de Dios—otro medio hay tambien de servir á Nuestro Señor Jesucristo y de serle grato; y es el hacer bien á nuestros hermanos. Dios te ha dado fuerza y vigor: vete á la orilla de este rio que corre al pié del valle: muchas veces los pobres viajeros, abrumados con el cansancio, llegan á las márgenes, y no pudiendo pasarlas, se ven precisados á dar un larguísimo rodeo: entonces, hijo mio, llévalos sobre tus espaldas y pásalos á la otra orilla; hazlo así sin otro interés que el de servir á Dios, y este Señor te dará su bendicion.

Obedeció Cristóbal al bondadoso anciano, pasando á la otra orilla á cuantos viajeros llegaban; y si alguno de éstos le ofrecia cualquiera recompensa, se negaba á recibirla, diciéndole: «Hermano mio, pida usted por mí á Nuestro Padre, que está en los cielos, que es á quien sirvo.»

Trascurrieron de esta manera muchos años, y Cristóbal se puso viejo; sus cabellos y su barba estaban blancas; pero la edad no le habia quitado las fuerzas, y todos los dias pedia á Dios que se las conservara, á fin de poder hasta su muerte ser útil á sus hermanos. Además visitaba muy á menudo al santo anacoreta, y éste le habia enseñado todas las verdades y doctrinas de la religion, y puesto su alma en disposicion de hacer fructuosa á los ojos de Dios aquella tarea que por amor suyo se tomaba, y que llevaba siempre adelante por el placer de servir al Señor y de hacer penitencia por sus pecados.

Un dia de invierno, que estaba lloviendo á mares y el viento soplabá con fuerza, vió á un pobrecito niño calado de agua y yerto de frio: compadeciose Cristóbal, y sin embargo del viento y de la lluvia, fué á pasar el rio, y cargó con el niño en los hombros, diciéndole palabras de consuelo. Mas apenas habia dado unos pasos por el rio, cuando sintió que sus espaldas vacilaban como oprimidas por un gran peso; y la tempestad arremetía, soplando con mayor violencia el viento y haciendo estragos las centellas que caian. Cristóbal iba extremadamente afligido; porque, aún siendo tan robusto, apenas podia sostener á aquel niño. Al cabo le dijo:

—Niño, pesas tanto como el mundo.

Cesó al punto la tempestad; serenóse el cielo, y oyó Cristóbal una voz celestial que le decia;

—¿De qué te admiras? Cristobal. Yo soy el que he criado el mundo.

Y Cristóbal, volviendo la cabeza, vió al Niño Jesus, que mirándole bondadoso le bendijo.

Sintióse al momento levantado de la tierra por una fuerza divina que le subia á los cielos.

En aquel mismo instante el santo ermitaño que estaba en el monte orando, vió muchedumbre de ángeles que subian al cielo entonando cánticos: iban á presentar á los piés del Señor el alma de Cristobal, santificada por la penitencia y probada durante muchos años en su fidelidad para con Dios.

(Obrero Católico.)

LOS VERDADEROS AMIGOS DEL PUEBLO.

—¿Qué lees ahí Juan?

—El «Porvenir del Pueblo»: un papel que dice cosas muy buenas para los *probes*; que es preciso que acabemos con los reyes, con los curas, y con los ricos; y *Mamis*, con el *colectivismo* y la *anarquía*, seremos todos felices.

—No seas majadero Juan, y no te creas todas esas historias, que los que escriben esos periódicos son los primeros las más de las veces en no creer.

—Tío Pedro, desengañese V.; los que escriben en este diario son muy *deslustrados*, y cuando ellos ponen todas esas cosas es porque son verdad. Ahora estamos muy mal, los ricos son los únicos que están bien; y los curas defienden todo esto y dicen que tengamos paciencia.

—Pues, vamos Juan, yo soy ya perro viejo como sabes; tengo ya se-

tenta Navidades y te digo, que desde que tengo uso de razón, he visto que los que más bienes han prometido al pueblo, son los que más males le han traído con sus predicaciones y sus teorías.

Todavía me acuerdo yo de cuando había frailes y cuando la Iglesia tenía sus bienes antes de la primera guerra civil. Tú no habías nacido entonces y no puedes conocer lo que, con haber quitado los bienes á la Iglesia y haber suprimido los conventos, perdieron entonces los pobres; pero yo te contaré dos casos que presencié y que te lo harán ver.

Tenia yo unos parientes labradores que vivían en el cercano pueblo de N. que llevaban en arriendo unas huertas de la parroquia de N. de esta ciudad. Como todos los que cultivaban tierras de la Iglesia, no solo pagaban muy poco arrendamiento, sino que cuando venían malos años tenían la seguridad de que los amos les habían de esperar y aun perdonar la paga; de esta manera estaba su porvenir asegurado, pues el arrendamiento venía ya en su familia desde sus tatarabuelos, y esperaban, con los ahorros que hacían y con los que irían haciendo, casar bien á sus hijos, y dejarles un pequeño capital. Reservaban para el mayor el arrendamiento de estas fincas, y la casa en que vivían, que era propia, con todos los aperos y animales de labor, y unos pequeños campos que poseían en propiedad. Triunfaron las ideas de los que se llamaban amigos del pueblo y para favorecer á éste vendieron los bienes de la Iglesia. Las tierras que cultivaban mis parientes las compró por la octava parte de su valor, porque ninguna persona timorata adquiría estos bienes de que se había apoderado el Estado; las compró, te iba diciendo, uno de esos exaltados que estaba siempre hablando contra los curas y en favor de los pobres. El primer paso que dió para favorecer á su modo á éstos fué el aumentar el arriendo tan bárbaramente, que mis parientes que habían tomado cariño á la finca que habían cultivado sus antepasados, se vieron obligados á tomar dinero á rédito para cumplir con el amo en los años de mala cosecha, en los que, no solo no les perdonaba nada de la paga el nuevo amo, sino que exigía que se la entregasen en monedas de oro el mismo día que vencía. La ida al servicio de uno de los hijos, la muerte de otro, y nuevas desgracias que vinieron sobre la familia, hicieron más difícil su situación; y como por otra parte el prestamista era también muy exigente en cobrar los crecidos réditos del capital que había entregado, y no veían esperanzas de mejorar de fortuna, viéronse obligados por fin á vender los campos que poseían, y á dejar el arrendamiento de las que había comprado el amigo del pueblo, para poder pagar todas sus deudas, y resignarse á descender, de la holgada posición que antes tenían, á quedar convertidos, el padre, nombre ya de 60 años, y el único hijo que le quedaba, en jornaleros sin otro recurso que el que les proporcionaba el trabajo de sus brazos. Ahí tienes, pues, un ejemplo de las ventajas que proporcionan á los pobres los que se llaman amigos del pueblo y enemigos de los curas.

—Mira Juan, se hace tarde; con este rato de conversacion se nos ha echado encima la noche y en casa estarán ya esperándome para rezar el Santo Rosario y cenar luego; pero cuando tengamos otro rato disponible, te iré contando cosas, y verás como *obras son amores y no buenas razones.*

EL PILAR.

Claridades.

VARIEDADES.

LA COTORRA.

(FÁBULA.)

Era un padre Don Gil tan mentecato,
Y en educar sus hijos fué tan nulo,
Que la negra impiedad, el desacato
Hallaban á sus ojos disimulo;
Siendo siempre su frase acostumbrada:
«Pse! cosas de la edad: *Eso no es nada.*»

Tantas veces soltó la frasecilla,
Que la aprendió á decir una Cotorra;
Aplicando tan bien la taravilla,
Que, apenas siente la infernal camorra
Que suscitan los chicos, la *Cotorra*
Entona con afán: *Eso no es nada.*

Mas los niños se hicieron zagalones,
Y á su padre devoran á pesares.
Mas cuando el infeliz sus aflicciones
Sin consuelo lamenta por millares,
Execrando á su prole malhadada,
La Cotorra repite: *Eso no es nada;*

Ya de un hijo se encarga la justicia
Por yo no sé qué fraude ó qué violencia:
Ya del otro recibe la noticia
De que herido salió de una pendencia;
Y, al maldecir su suerte desastrada,
Cántale la Cotorra: *Eso no es nada.*

Pero al cabo ya es fuerza que se enoje;
Y en sus hijos la cólera desfoga.
Mas uno, el más audaz, al padre coge
Y entre sus manos con furor lo ahoga.
Y, al despedir el ánima angustiada,
La Cotorra le dijo: *Eso no es nada!*

*Ay Padres, Madres! que en piedad y en orden,
No educáis vuestros hijos pindolentes!
Cuando, al fin, en los vicios se desborden,
Serán vuestros verdugos inclementes;
Y caro pagareis la inocentada
De decirles á todo: ESO NO ES NADA.*

(Fábulas ascéticas.)

A nuestros suscritores.

Las excepcionales circunstancias por que atraviesa nuestra provincia, tal vez nos obliguen á suspender la publicación de LA LECTURA POPULAR durante el mes de Octubre, si para entonces no han variado. Rogamos á nuestros suscritores nos dispensen este pequeño paréntesis, pues como quiera que la remision de este periódico se hace en grandes paquetes, tenemos graves perjuicios con las fumigaciones y demás procedimientos de precaucion que tanto están alterando el curso de la correspondencia. También es causa muy principal de nuestra determinacion el temor de que algunos suscritores repugnen recibir los paquetes por creerlos un peligro, apesar de que, á Dios gracias, en Orihuela se disfruta hasta hoy de inmejorable salud.

Pasada la crisis, ó si á primeros del próximo mes hubiera disminuido notablemente, nuestra publicacion continuará su marcha con ayuda de Dios y de los que tanto la honran y favorecen.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

| | Península. | América. |
|-----------------------|----------------------|----------|
| Una acción. | 4 pesetas mensuales. | 5 |
| Media id. | 2 " " | 2 50 |
| Un cuarto id. | 1 " " | 1 25 |
| Un octavo id. | 50 cénts. " | |

Por medio de correspondencia 25 cénts. de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo, y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.

Imprenta de Cornelio Payá, calle Mayor, 37.